

# Una aventura **en el cañón** (Narración breve)

Ricardo Alonso Mendoza Muñoz <sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Magister en Filosofía y Sociología, Universidad Miguel de Cervantes. Docente Tiempo Completo de la Licenciatura en Educación Física e Investigador del grupo de investigación Pedagogía, Cuerpo y Sociedad, Universidad CESMAG. Correo electrónico: [ramendoza@uniceamag.edu.co](mailto:ramendoza@uniceamag.edu.co)

Cuando desperté esa mañana del Domingo Santo, me sentía intranquilo, no pude dormir casi nada, me preocupaba lo que había pasado el día anterior; un control de policía instalado en la carretera nos impidió seguir avanzando para dirigimos hacia la ciudad, algunos otros conductores que también estaban detenidos comentaban que era por causa de un accidente muy grave que había sucedido en el km 20, en la curva llamada la *vuelta negra*.

Para esas fechas del mes de abril, nos invitaron junto con mi familia a pasar unos días en un encantador poblado ubicado a unos 45 km al norte de la ciudad de Pasto, llamado Cimarrones; es una región geográfica y climatológicamente diferente a la capital, donde predominan ambientes desérticos, un clima cálido, hermosos paisajes y en cada atardecer se puede ver como se funde el naranja del sol con el color carmín de la tierra. También se puede gozar de un ambiente tranquilo, donde el arrullo del sonido de las cigarras es casi adormecedor; además de esto, la zona se encuentra rodeada por dos importantes ríos, Pasto y Juanambú, a este último se lo puede divisar desde el borde del cañón que lleva su mismo nombre.

La casa en la que estábamos hospedados pertenecía a Don Gilberto Dorado, un familiar de mi esposa, a quien todos le decíamos de cariño tío Beto. Nunca olvidaré la vez que lo conocí, lo primero que hablamos fue de perros; tanto para él como para mí ese tema era casi una afición. Su casa estaba llena de fotografías de todos los que había tenido; preguntarle por cada foto, era el pretexto perfecto para comenzar a relatar una historia diferente donde, por lo general, siempre destacaba las habilidades de cada animal. Dentro de ese pódium, si se lo puede llamar así, la que se llevaba el primer puesto y todos los honores era Sasha, la actual mascota de Don Beto; era de raza pastor alemán, había sido rescatada del abandono deplorable que vivía, ya que unos antiguos vecinos de un día para otro decidieron irse, y sin mayor remordimiento dejaron al pobre animal a su suerte. Don Beto relata claramente, que él mismo la vio por muchas semanas deambular y visitar la casa abandonada. Para él, un amante de los perros, era imperdonable lo que le habían hecho a la pobre Sasha, por tal motivo decidió adoptarla. Con el transcurso del tiempo, Sasha se ganó el corazón de Don Beto y del resto de la familia, debido a que su nivel de entendimiento dejaba a todos boquiabiertos y lo que era aún más extraordinario es que nunca había recibido clase alguna de adiestramiento especial.

Para esa mañana, había planeado salir a correr y visitar el mirador del cañón con el fin de despejar mi mente. El día era perfecto, eran las 9:00 am y el sol brillaba en un cielo azul celeste que

más parecía un mar. La distancia no superaba los 10 kilómetros en ir y volver, según lo que me dijo el tío Beto, por lo que en mi chaleco solamente llevé dos botellas pequeñas de agua que tal vez sumaban unos 600 ml, un gel energizante y mi celular. Poco a poco me fui alejando de la casa con los típicos movimientos que todo corredor hace para entrar en calor, aunque no era difícil lograrlo en un clima tan agradable como ese; me detuve un momento a la sombra de un árbol de balsa que cada vez que soplabla el viento desprendía sus motas esparciéndolas por todas partes, miré fijamente mi pulsómetro para saber si el GPS ya se había calibrado, cuando de repente sentí algo frío que tocó mi pierna, de inmediato agache la mirada, y ahí la vi, era Sasha que me había tocado con su nariz negra, húmeda y brillante. Había estado siguiéndome sin yo haberme percatado, entonces, la miré a los ojos y le pregunté, como si creyera en verdad que me fuera a responder, ¿quieres ir a correr? obviamente nunca me respondió... entonces le dije... ¡vete a casa!

Empecé a bajar por un sendero solitario y polvoriento, donde de vez en cuando los árboles plantados junto a la orilla me cubrían con su sombra protectora, era una ruta sin pierde, ya que tenía solamente que seguir el camino hasta llegar a una gran ceiba donde estaba el mirador del cañón. Fue en ese momento cuando me di cuenta, por segunda vez, que alguien me había estado persiguiendo, cuando giré mi cabeza hacia atrás mientras seguía avanzando... ¡otra vez a Sasha. Lo único que hice en ese momento fue acariciar sus orejas, y con un tono cariñoso le dije ¡niña traviesa!

Me quedé un largo rato y en silencio divisando aquel paisaje, la vista era preciosa y lo único que podía escuchar era el sonido del río que surgía desde el fondo del cañón; de pronto, pude detectar con la mirada un tenue sendero serpenteante, lo recorrí en detalle con mis ojos y me di cuenta de que me podía llevar hasta el río. De repente, sentí el deseo de llegar hasta el fondo de aquel lugar, ahora estaba acompañado, ambos nos sentíamos contentos. Esta vez, el descenso no fue tan fácil como el anterior, era un camino estrecho y pedregoso, donde tropezarte y caerte sería lo último que querrías. Cada vez que se descendía más, podía sentir como la temperatura de mi cuerpo se elevaba... estaba bañado en sudor; cuando al fin llegamos había pasado una hora, la señal del GPS y del celular eran nulas y el sonido del río competía con el jadeo de Sasha, que cada vez me preocupaba más ya que el calor se incrementaba; sin darme cuenta yo solo me había consumido el agua de una de las botellas, y únicamente me quedaba una para los dos, pero al ver el estado tan grave de deshidratación que tenía Sasha, decidí que ella era la prioridad.

Para ese momento, la gloria de estar en el fondo de aquel cañón se consumió con la misma rapidez con la que Sasha se bebió toda el agua de la botella, para entonces no sabía que hacer, tanto calor no me dejaba pensar bien. Creo que el instinto me llevó a tomar la decisión de emprender el regreso rápidamente, el sol estaba en el cenit, teníamos que salir de ese infierno. Avanzamos juntos algunos metros a un ritmo muy lento, debía estar motivando a Sasha para que se moviera, de repente me vio con ojos inexpresivos y ensimismados, su nariz estaba seca y rugosa debido la insolación que sufría, poco a poco se fue quedando tumbada en ese suelo ardiente que consumía su vida.

Al ver que Sasha no respondía, decidí cargarla sobre mis hombros y seguir ascendiendo, pero mi cuerpo ya empezaba a cobrar mi osadía, me dolía la cabeza, no podía enfocar mis ojos en el camino, no sentía mi lengua, y mis piernas ya no me respondían, podría incluso decir que llegué a caminar por algunos segundos de manera inconsciente, solamente sentía que mi fe me movía. No recuerdo cuanto tiempo estuve caminando con el cuerpo de Sasha sobre mí, su pelaje me asaba e ignoraba si ella aún vivía o lo que estaba cargando solamente era un cadáver; el único recuerdo claro que tengo en mi mente, es una imagen de sombras abrazándome, quitándome una carga y haciéndome sentir descansado, tal vez por tanto calor mi mente sufría alucinaciones o me había quedado tumbado en el piso, moribundo, y hasta en el peor de los casos me había caído por algún barranco.